



Tiempo de lectura: 6 min.

[Fernando Mires](#)

Vie, 09/10/2020 - 13:10

La función no ha terminado. Aunque ya hemos visto bastante para hacernos una idea aproximada de lo que puede venir, Trump brinda espectáculo, mantiene la atención, medio mundo contiene el aliento en espera de que ejecute su salto mortal. O su ascenso a presidente con funciones redobladas para realizar el sueño de la supremacía mundial, o su caída frente a un Joe Biden, incapaz de despertar entusiasmo aún entre los más suyos. Pero quien sabe si ahí reside la fuerza de Biden cuyo hablar tan tranquilo, cuyos modales tan cuidados, cuya apariencia tan frágil, producen un contraste inmenso frente un presidente devenido en energúmeno.

Tarde para Trump sería cambiar su estilo. Solo le queda exagerarlo. En las próximas semanas nadie se aburrirá, lo garantizo señor. A un lado, un demócrata. Al otro, un republicano pro-forma, pero en el hecho un líder de un partido que trasciende tanto a demócratas como a republicanos. Es el partido trumpista, un partido que va más allá del bi-partidismo clásico.

Entre ambos candidatos tendrá lugar una disputa inédita. Los electores decidirán cual es la realidad que prefieren: la que se presenta ante nuestros conocimientos, o la realidad de Trump. La segunda niega radicalmente a la primera. Por esa, y por otras razones, Trump ha sido tildado como negacionista. Efectivamente, no solo es negacionista, es además, un negacionista radical.

¿Qué significa ser negacionista? Para despejar digamos que ser negacionista no significa negar. Quien algo niega es simplemente un negador. Negacionista en cambio – el “ista” lo indica – es una postura cuyo objetivo es eliminar una parte de la realidad en aras de una visión de mundo, de un sistema de creencias o de una ideología.

El negacionista, reiteremos, no niega a toda la realidad sino a la parte de ella que no se ajusta a sus objetivos. Eso no significa que el negacionista contradiga a esa parte de realidad, entiéndase bien. Pues contradecirla implicaría aceptar su existencia. Los negacionistas, como el nombre lo dice, no contradicen, simplemente niegan.

Por cierto, Trump no es el primer negacionista de la historia. Quizás el caso más extremo fue Hitler. El perverso líder creía efectivamente en la superioridad de la raza aria y todo lo que contradijera su creencia debería ser suprimido, es decir, declarado inexistente. El hecho de que muchos miembros de la comunidad judía destacaran en los terrenos del intelecto, de las artes, de la economía y de la política, contradecía la “tesis” de Hitler. Para que la contradicción desapareciera, había que negar la existencia de los judíos. Pero como los judíos existían, debían desaparecer de la faz de la tierra. El Holocausto fue el acto mediante el cual los nazis destruirían toda posibilidad de contradicción.

Toda contradicción confiere ambivalencia a la realidad, la que cuando es contra-dicha se transforma en discursiva (discutible). La negación en cambio, elimina la ambivalencia y con ello a toda discusión. ¿Cómo discutir en contra de algo que no existe?

Para cada mente autoritaria la ambivalencia es un escándalo, escribió Sigmund Bauman, en uno de sus más celebrados libros (*Modernidad y Ambivalencia*). Suprimir la ambivalencia, vale decir, la posibilidad de que algo no sea totalmente definido, la de que exista un sí frente a un no, la de que esto sea también lo otro, es una de las misiones propias a las dictaduras y a otras formas de gobiernos antidemocráticos. Quiere decir, todo lo que se oponga a la verdad del poder, deberá ser negado o, en su defecto, suprimido.

Podemos encontrar así dos tipos de negacionistas. Los a priori y los a posteriori. Hitler y su mellizo comunista, Stalin, pertenecían a la segunda especie, simplemente hacían desaparecer a sus enemigos. Los a priori, y a esa especie pertenece Trump, se contentan con declarar la inexistencia de todo lo que contradice a sus propósitos.

¿Cambio climático? No existe, el clima sigue siendo el mismo de siempre. ¿Enemigos democráticos? No existen, son todos comunistas. ¿Covid 19? No existe, se trata de una simple gripe. Visto así, los aprioristas parecen ser mucho menos peligrosos que los aposterioristas. **No suprimen lo que niegan. Simplemente lo niegan. No obstante, los daños que pueden causar, ya sea por omisión o complicidad, pueden ser muy grandes.** Más todavía si se tiene en cuenta que los negacionistas no actúan solos. En el hecho están apoyados por muchas personas que necesitan negar la realidad para transitar en el mundo idealizado en que ellos viven. Podríamos decir incluso que el factor negacionista es constitutivo a la mente humana.

El negacionismo, aunque parezca irracional decirlo, es una posibilidad de la razón. De acuerdo a Kant (*Crítica de la razón práctica*) el humano es el único ser dotado con la capacidad de transfigurar a la realidad. Para el gran filósofo la facultad del saber pensar implica no solo la posibilidad de engañarse, sino también la de mentirse, es decir, la de negar la verdad sustituyéndola por una mentira o por una no-verdad. O como en el caso de Trump, por la de negar una realidad sin sustituirla.

Puede que alguien con conocimientos psicológicos argumente que para mejor vivir, o para convivir con los demás y consigo mismo, sea necesario conservar un mínimo de negacionismo. Al fin y al cabo, olvidamos lo que queremos olvidar y si lo olvidamos es porque no deseamos mantenerlo en el recuerdo. Y a veces por razones muy explicables. La verdad, como lo demostró Henrik Ibsen en su obra *El Pato Salvaje*, suele ser destructiva. Por eso hay mentiras piadosas. En cambio, no hay verdades piadosas. Las verdades son implacables.

En términos sociales, el negacionismo, si no justificable, es explicable. ¿Qué mejor para un buen ciudadano alemán amante de su nación si alguien dice que el holocausto nunca existió, que fue solo una invención de los vencedores de la guerra? ¿Qué mejor para un comunista si alguien dice que los crímenes de Stalin solo fueron una invención del imperialismo? ¿Qué mejor para un fanático de los automóviles si alguien dice que la emisión de dióxido de carbono no influirá en el cambio climático porque este nunca ha existido? ¿Qué mejor para un vacacionista compulsivo si alguien dice que la covid-19 no es más peligrosa que una simple gripe?

En fin, no solo olvidamos lo que queremos, además, creemos lo que queremos creer. Y más lo creemos si el que habla no es un cualquiera sino nada menos que el presidente del país más poderoso de la tierra.

Trump, ya sea por convicción o por simple conveniencia, conoce probablemente la fuerza del negacionismo que el mismo profesa. Pero ya lo sabemos: si resulta elegido, lo será no por haber proclamado verdades sino por haberlas negado. Lo que nunca sabremos es si Trump cree en sus negaciones hasta el punto de poner su propio cuerpo en peligro mortal o si la suya es una simple deformación del carácter. Como sea, Trump ha terminado por convertir a la pandemia en una aliada política. Covid 19 la nombra solo para ser negada y así ganar el apoyo de los negacionistas. Si estos son mayoría, lo sabremos en noviembre.

¿Estamos frente a uno de los más grandes manipuladores de la historia política universal, o solo frente a un político de mente perturbada? No está excluida tampoco la posibilidad de que sea las dos cosas a la vez. Lo único seguro es que después de la era Trump, la tarea de quien lo suceda deberá ser no solo política sino pedagógica: la de restaurar la verdad sobre su negación. Tarea muy difícil pues, derrotado o victorioso, el trumpismo seguirá existiendo después de Trump, ya sea como movimiento anticultural y antipolítico, ya sea como un espíritu de su propio tiempo.

8 de octubre 2020

Polis

<https://polisfmires.blogspot.com/2020/10/fernando-mires-el-negacionista...>

Twitter: [@FernandoMiresOI](https://twitter.com/FernandoMiresOI)

[ver PDF](#)

Copied to clipboard